

LIBROS

Otero Pedrayo:
el último de la
Xeneración Nos

A las ocho y veinte del sábado 10, justamente un año y dos días después del fallecimiento de su esposa Fita, murió en su casa orensana de la calle de la Paz don Ramón Otero Pedrayo. Galicia entera enmudeció al conocer el pasamento del patriarca de sus letras. Una generación de tanto arraigo en la historia contemporánea gallega como la Xeneración Nos (Castelao, Risco, Cuevillas...), vio de esta manera perdido al último de sus integrantes que permanecía en vida. A los ochenta y ocho años de edad se fue "el príncipe de la oratoria y del diálogo", como brillantemente le bautizó el presidente de la Academia Gallega, Sebastián Martínez-Risco.

Con Otero Pedrayo se apagó el símbolo de una Galicia platónica, la bandera erguida de un modo de entender, de vivir y de promover el ser de Galicia. ¿Quién va ahora a suscitar sentimientos y actitudes galleguistas por encima de banderías, partidos e ideologías como lo hizo siempre el Patriarca das Letras Galegas? Don Ramón era don Ramón. El señor de Trasalba, que lo mismo contaba sus recuerdos de la Galicia de las Irmandades, de las Asambleas Agrarias, de las Cortes Republicanas, del Partido Galeguista o de Amadeo de Saboya a un comunista que a un demócrata de diccionario, a un socialista, a un monárquico o a un fascista de los que aún quedan y que ahora empiezan a descubrir que don Ramón no era tan malo como parecía o como les habían contado. Uno tiene la impresión de que quienes no supieron entender a don Ramón fueron los "hippies" y los anarquistas. Si lo hubieran hecho, se sabría ya que en Galicia había un Allan Wat y un Bakunin solapados en parte, y sin quererlo su propio



autor, en las páginas de Otero Pedrayo. Las puertas de su casa de Orense y de su pazo de Trasalba estaban siempre abiertas a quien quería entrar por ellas, sin más condiciones que las de hablar. Hablar durante horas sobre lo divino y lo humano, que era, en el fondo, lo que mejor y más quería hacer don Ramón.

El viejo repúblico, ayer castigado por el orden establecido (fue separado de su cátedra y rehabilitado más tarde), hoy ensalzado por ese mismo orden (visitado en su lecho doliente de hace un año por el ministro Esteruelas, guardado su cuerpo presente por gobernadores, autoridades y obispos integristas; propuesto en su día para filiações predilectas por consejos del Movimiento con los que nada tuvo que ver jamás), yace ahora en un cementerio de Orense, enterrado con el hábito de franciscano heterodoxa y voluntariamente modificado con los colores de la bandera gallega que uno de sus íntimos, Xaquín Lorenzo, colocó sobre su pecho a petición del moribundo.

Don Ramón se murió como se mueren los fieles a sí mismos. En este caso, releyendo a su autor predilecto. Minutos antes de expirar —guardó lucidez hasta el fin—, le dijo a María Teresa Cortón que le alcanzase el libro de siempre. *Mémoires d'Outre-Tombe*, Chateaubriand, edición de Garnier guardada en su biblioteca desde hacía muchos años. No pudo pasar de la página 169, que dejó marcada con el recibo de pago al sereno de su calle, que era la calle de la Paz. Qué lección la de este viejo joven

que siempre hablaba de la muerte como algo glorioso.

Galicia perdió a su patriarca. Al último romántico que protestaba todos los días por la decadencia de la vida rural. Al asombroso trabajador de su cultura. Al magnífico geógrafo de su cuerpo físico y humano. Al que durante años fue "exiliado en sí mismo", como le llamó Alonso Montero. Millares de páginas fueron escritas o dirigidas por él (novela, ensayo, teatro, historia). Su *Guía de Galicia*, la *Historia de Galiza* que dirigió para publicarse en Buenos Aires, sus novelas (*Arredor de si*, *O espello na serán*, etc.) no son más que una mínima muestra de la extensa bibliografía oteriana.

Galicia tiene un nombre más que unir a la lista de sus muertos ilustres. Un nombre de oro que aparecerá en la Historia con Curros Enríquez, Rosalía de Castro, Pondal, Castelao, Bóveda, Risco y muchos otros.

■ PERFECTO C. MURUAIS.

Miret Magdalena
entre
el romanticismo
y la política

La voz de Miret Magdalena en TRIUNFO ha sido, durante años, lugar de cita de muchos lectores. Ese encuentro semanal constituye un fenómeno original, cuya importancia no puede escapar a quien quiera entender el rompecabezas de la religiosidad española.

Su libro, recientemente publicado, *La revolución de lo religioso* (Ed. Paulinas), facilita la tarea; ahí Miret sistematiza el pensamiento. El libro es una excelente oportunidad para descifrar el intrigante hecho del éxito de un comentarista religioso en una revista "laica".

I. Primera revelación: Al autor lo que le ha preocupado y le interesa es una exposición de la religión que "sea mínima, para que no ahogue en ella la religiosidad de base, que es su fundamento y su justificación".

El hilo conductor de todo su discurso es un retorno a la simplicidad, a la raíz de la religiosidad, despojada de todos los atuendos barrocos con que la han revestido el dogma y la institución eclesial. Las señas de identidad del creyente no hay que buscarlas en los manuales de teología, sino en una actitud ante la vida cotidiana.

La recuperación de la intimidad es el horizonte desde el que define los temas fundamentales del cristianismo: la oración será el ejercicio de la autoconciencia, de tal manera que una experiencia psicológica es "muy parecida a la de una oración profunda"; la fe en la resurrección es la confianza en la fuerza de la vida y la rebelión contra la autoridad inapelable de la muerte.

Fiel a esta postura, Miret no duda en definir la divinidad de Jesús "en ser el más hombre de los hombres"; Jesús es Dios porque "encarna el amor sereno y fuerte, la ayuda práctica al desvalido y la defensa incondicio-